

Reseña

María Soledad Boero. Trazos impersonales. Jorge Barón Biza y Carlos Correas. Una mirada heterobiográfica. Villa María: Editorial Universitaria de Villa María (EDUVIM), 2017.

Susana Rosano¹

En un estado de la crítica donde sobreabundan los estudios sobre las escrituras del yo a partir del análisis de textos que iluminan la nueva centralidad de lo íntimo y lo autobiográfico, el libro de María Soledad Boero tiene la gran virtud de dar una torsión y ofrecer una lectura novedosa de la obra de Jorge Barón Biza y Carlos Correas a partir de una metáfora crítica que permite el desvío, el desmonte, de la máquina autobiográfica: la heterobiografía.

Desde un aparato crítico que incluye ciertas zonas del pensamiento de Jacques Derrida, Gilles Deleuze, Roberto Esposito y Jean- Luc Nancy, entre otros, Boero se propone en este libro una salida a la cerrazón del sí mismo a la que dice están sometidas la mayoría de las escrituras del yo. En este sentido, se pregunta qué pasa cuando esa vida del yo no se deja apropiar del todo, cuando escapa de lo propio (con todo el peso de la propiedad), del aplastante impulso de la idea de persona. Qué pasa cuando es la vida la que se resiste a la matriz de la autobiografía.

La autora toma este concepto de heterografía del propio Carlos Correas, al que desde el comienzo define como “un personaje de los bordes, de la periferia de las opiniones más consagradas” (23). Ubicado por la historia literaria como un

¹ **Susana Rosano** es profesora adjunta de Literatura Latinoamericana II en la Universidad Nacional de Rosario e investigadora del Instituto de Estudios Críticos de la Facultad de Humanidades (IECH), Conicet-UNR. Es doctora en Literatura Latinoamericana por la Universidad de Pittsburgh. Su libro *Rostros y máscaras de Eva Perón. Imaginario populista y representación* fue premiado en 2006 por el Fondo Nacional de las Artes. Ha publicado numerosos artículos y capítulos de libros en revistas especializadas de la Argentina, Europa y América, además de dictar cursos y conferencias en universidades argentinas y extranjeras. Se desempeña también como periodista cultural.

integrante del grupo existencialista sartreano que participó en la mítica revista *Contorno*, Correa insistió en adoptar una postura ante la vida absolutamente contraria a la moral burguesa. A tal punto que su primer relato, “La narración de la historia”, de 1959, fue prohibido y originó una causa penal como consecuencia de la historia que contaba y que el propio autor reconoció haber vivido: las aventuras de un joven que sale por las calles de Buenos Aires en busca de conquistas homosexuales y la posterior relación con un adolescente de clase baja. Boero relaciona la singularidad de Carlos Correas con la historia que hay detrás de la única novela de Jorge Barón Biza, *El desierto y su semilla*: en 1964, cuando sus padres estaban por divorciarse y justo en el momento de firmar los papeles, el padre arrojó ácido en el rostro de la madre, ante la mirada de Jorge, uno de sus tres hijos, quien será, además de testigo del hecho, acompañante de su madre en el paradójico proceso de reconstrucción de su rostro. El libro hará de Barón Biza, a los 56 años y en ese momento crítico de arte, un escritor. Como dice Boero, asistimos allí como lectores a la experiencia de la desfiguración del rostro materno desde la mirada de una subjetividad que también se va desfigurando y dirigiendo hacia lo desconocido.

Ambos casos, el de Barón Biza y el de Correas, pueden ser pensados a partir de un punto en común, de una tensión: en los modos particulares de hacer y de no hacer obra. Y desde aquí, Boero apela al concepto de Maurice Blanchot de “desobra” para pensar estos desarreglos entre vida y obra en dos escritores que no siguen caminos convencionales sino un movimiento siempre oscilante entre permanecer y no permanecer, además de una cierta voluntad de no integración en los términos de una carrera o de una profesión.

Del conjunto de escritos de Correas y Barzón Biza, a Soledad Boero le interesa en particular su producción literaria, ya que es allí donde mejor se evidencia el trazado de una cierta subjetividad que agujerea y suspende la identidad personal, donde la noción de obra puede ser impugnada y se le otorga a la práctica escrituraria otros alcances por fuera de las funciones más convencionales: la escritura como terapéutica, como construcción imaginaria.

Lo heterobiográfico está pensado aquí no como trayectoria de vida sino en su voluntad de mostrar la dificultad de mantener esa ilusión de trazado, de

cronología de una vida; parte de acentuar lo ajeno, lo irreductiblemente otro que permanece en pugna con lo que se cree idéntico. Como bien señala Boero, si la autobiografía se debate entre lo mismo y lo otro para llegar a un acuerdo y así otorgar un sentido a la experiencia vivida, la heterobiografía intentará –a través de transgresiones retóricas pero también de ciertas actitudes de desobra, entre otras señales– dejar en evidencia el artificio de la obra, de la trayectoria vital que se cuenta, de la experiencia como algo dado, del yo como unidad que le otorga sentido a una existencia, pero fundamentalmente, intentará mostrar el ingreso de aquel *bíos* no personal, esa vida impersonal que atraviesa el gesto heterobiográfico: “El *bíos* (la vida) que ingresa a la heterobiografía apela a una mirada no personal de la experiencia” (35).

El corpus en el que Soledad Boero se detiene incluye “La narración de la historia”, el primer relato de Correas, su novela *Los reportajes de Félix Chaneton y La operación Masotta. Cuando la muerte también fracasa*, además de leer en profundidad *El desierto y su semilla*, de Barón Biza. Esto constituye, como dice Gabriel Giorgi en el prólogo, una pista de lectura: la del desierto. La necesidad de transitar ese desierto en la obra de dos escritores “menores” en el sentido deleuziano implica desmontar toda ilusión o todo mito del individuo como cierre, como unidad, como pliegue de sí.

Y desde aquí, este hermoso libro, lejos de agotar o clausurar los sentidos de la obra de estos dos escritores, abre nuevos caminos para pensar el modo en que se concibe la experiencia en la narración de lo biográfico, donde la noción de persona, como medida de lo humano, se pone en entredicho. De esta manera, se delimita claramente la potencia ética y estética de la escritura heterobiográfica, pensada en su poder de resistencia y de apertura a lo indeterminado del *bíos*. Y es así que la heterobiografía se presenta como una herramienta que tensiona la mirada hacia el afuera y propone detectar otras formas de vida. En esta zona la escritura se convierte en una herramienta que, antes que nada, incita a perder el rostro, experimentar con el yo, con los usos y consideraciones de la experiencia.